

PRÓLOGO

“Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo el ser igual a Dios, sino que se vació de sí mismo tomando la condición de siervo, con el aspecto de un hombre más, con el porte de un hombre, se abajó a sí mismo...”. Palabras que san Pablo escribe a la comunidad de los filipenses, palabras que nos hablan de la *kénosis*, del *vaciarse* de Dios en Cristo, misterio de su descenso y abajamiento, misterio de un despojo que no es lo uno ni lo otro: es amor. Amor que busca al otro donde el otro está, donde el otro clama: *amor solidario. Compasión.*

Kénosis no menos abismal, la de haber dejado en nuestras bocas sus palabras, en nuestras manos sus gestos, en nuestros rostros sus rasgos, cuando ya no pisa con sus pies la tierra, cuando se va para quedarse entregado a nosotros, para que cada uno de nosotros sea para el otro la revelación, o la negación, de ese Dios, la manifestación, o el ocultamiento, de esa compasión.

Kénosis de ese “Dios que se hizo hombre para que el hombre se haga Dios”, como dijo san Atanasio, como repetimos desde entonces. Pero el hombre deviene Dios asemejándose al Dios que se hizo hombre en Cristo Jesús: Dios despojado de sí mismo, Dios vaciado del poder de ser Dios... Dios a imagen y semejanza de Cristo, de